

ALFAGUARA



Richard Russo

Sobre mi madre

Traducción de Mariano Antolín Rato

Prólogo

Hace unos cuantos años, al pasar junto al cartel de la autopista del estado de Nueva York en la zona central del área de Leatherstocking, una amiga mía se confundió, leyéndolo como si dijera *laughingstock*, y pensó: «De ahí es de donde tiene que ser Russo». Acertaba. Soy de Gloversville,* a sólo unos kilómetros al norte de las estribaciones de las Adirondacks, un sitio sobre el que resulta fácil hacer chistes a no ser que vivas allí, como todavía hacen algunos familiares míos.

El pueblo no siempre fue objeto de chistes. En sus buenos tiempos, nueve de cada diez de los guantes que se usaban en Estados Unidos habían sido fabricados allí. A fines del siglo XIX, llegaron artesanos de toda Europa y durante décadas hicieron pares de guantes con un mejor acabado que en cualquier otra parte del mundo. En aquel entonces el corte de guantes estaba controlado por un gremio, y lo normal era que uno fuera aprendiz, como le pasó a mi abuelo materno, durante dos o tres años. Los útiles primordiales de un cortador de guantes con dominio del oficio eran su ojo, su conocimiento de las pieles de animales y su imaginación. Mi abuelo fue el que me dio las primeras clases de ese arte —aunque dudo que él trabajase de aquel modo— cuando explicó la dificultad de hacer algo de buena calidad y realmente bonito con una

* La región de Leatherstocking («medias de cuero») se encuentra al norte del estado de Nueva York, y se llamó así porque era donde se hacían las características polainas de cuero que llevaban los hombres de la frontera y los tramperos. Las novelas de Fenimore Cooper, entre ellas *El último de los mohicanos*, la hicieron famosa. *Laughingstock* es «hazmerreír». *Gloversville* se podría traducir por «Villaguantes». (N. del T.)

piel defectuosa. Después de que las tiñeran pero antes de pasar al proceso de corte, a las pieles las enrollaban, cepillaban y preparaban para asegurar que tenían un alisado uniforme, pero era inevitable que por naturaleza conservaran algunas imperfecciones. El artesano auténtico, me daba a entender él, se esfuerza por sortear esos defectos o imaginar cómo incorporarlos dentro de los pliegues y costuras propios del guante. Cada piel planteaba problemas cuya resolución exigía inventiva. El trabajo del que corta guantes no sólo era conseguir la mayor cantidad de guantes posibles a partir de una piel, sino hacerlos mientras minimizaba sus defectos.

Para teñir el cuero en el condado de Fulton se utilizaba la corteza de árboles cicuta desde antes de la guerra de la Independencia norteamericana. En Gloversville y la cercana Johnstown no sólo se hacían guantes sino todo tipo de objetos de cuero: zapatos, abrigos, bolsos de mano y tapicería. El padre de mi padre, nacido en Salerno, Italia, se enteró de la existencia de aquel sitio donde había tantos artesanos reunidos, y viajó a la parte norte del estado de Nueva York con la esperanza de ganarse la vida allí de zapatero. En la ciudad de Nueva York tomó el tren en dirección norte hasta Albany, luego fue en barcaza por el canal en dirección oeste hasta la aldea de Fonda, donde siguió las vías de los trenes de mercancías en dirección norte hasta subir a Johnstown, donde nació yo décadas después. ¿Había pensado de verdad adónde se dirigía, o cómo sería su nueva vida? Quién lo sabe. Entre las escasas posesiones materiales que trajo de su antiguo país estaba una capa para ir a la ópera.

Los dos hombres pasaron una época espantosa. El padre de mi padre pronto se dio cuenta de que el condado de Fulton no era Manhattan, ni siquiera Salerno, y que pocos hombres de su nuevo lugar de residencia podían comprar zapatos caros hechos a mano y no los más baratos hechos a máquina, así que tuvo pocas opciones excep-

to hacerse zapatero remendón. Y para cuando el padre de mi madre llegó a Gloversville desde Vermont, el auténtico oficio de hacer guantes ya estaba en peligro. Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, muchos guantes se hacían «cortando patrones». (Para un guante de tamaño 6, se ponía sobre la piel un patrón de tamaño 6 y se cortaba alrededor con tijeras.) Cuando volvió de la Segunda Guerra Mundial, el procedimiento se había mecanizado en gran parte utilizando aparatos de «corte automático» que hacían rápidamente guantes según un modelo establecido, y sólo requerían que el operario colocara la piel teñida bajo las mortíferas hojas y tirase hacia abajo de su brazo mecánico. Yo nací en 1949, una época en la que no había gran demanda de guantes y zapatos hechos a mano, pero mis dos abuelos hacía mucho tiempo que se habían instalado definitivamente en el condado de Fulton y abandonado sus improbables aspiraciones. Por entonces ya tenían familia, y por eso se quedaron. Durante la primera mitad del siglo xx, el teñido con cromo —un procedimiento químico que volvía el cuero más flexible y resistente al agua, y que aceleraba de modo espectacular todo el proceso— se convirtió asimismo en habitual de la industria, y sustituyó al teñido con derivados vegetales consagrados por la tradición, haciendo las tenerías incluso más peligrosas, no sólo para los trabajadores, sino también para los que vivían cerca y, de modo especial, corriente abajo. La rapidez, la eficacia y la tecnología se habían impuesto a la destreza y la artesanía, por no hablar de la salud pública.

Dicho eso, entre 1890 y 1950 los habitantes de Gloversville hicieron su buen dinero, y algunos de ellos en grandes cantidades. Si uno pasa en coche por la avenida Kingsboro, que va en paralelo con la calle Mayor, y echa un vistazo a las hermosas casas antiguas un tanto retiradas de la calle y bien separadas unas de otras, se hará una idea de la prosperidad de la que, al menos los más afortunados, disfrutaron hasta la Segunda Guerra

Mundial. Incluso en el centro mismo de Gloversville, que hacia 1970 se había convertido en una ruina como la de Dresde, todavía hay señales de aquella riqueza. La biblioteca pública Andrew Carnegie de Gloversville no podría ser más hermosa, y el antiguo instituto, que se alza sobre una suave colina, nos habla de una comunidad que creía en sí misma y en la que los buenos tiempos no pasarían veloces. En su pendiente con césped se yergue una estatua de Lucius Nathan Littauer, uno de los hombres más ricos del condado, cuyo brazo extendido parece señalar el magnífico edificio de mármol del cercano Eccentric Club, que le negó la admisión porque era judío. Calle abajo está el recientemente restaurado cine Glove, donde yo pasé casi todos los sábados por la tarde de mi adolescencia. También había un viejo y encantador hotel, el Kingsboro, en cuyo elegante comedor monseñor Kreugler, del que yo era monaguillo en la iglesia del Sagrado Corazón, celebraba reuniones todas las semanas después de la última misa del domingo. Cuando lo demolieron, los viajeros tenían que quedarse en la cercana Johnstown, alejada de la carretera principal que una vez se supuso que infundiría nueva vida a Gloversville, pero que en lugar de eso, como era del todo previsible, permitió que la gente pasara sin detenerse o incluso sin disminuir la velocidad, de camino a Saratoga, el lago George o Montreal.

Todo sucedió con rapidez. En la década de 1950, un sábado por la tarde, las calles del centro estaban colapsadas; los coches hacían sonar el claxon para saludar a los peatones. Las aceras se hallaban tan atestadas de gente haciendo sus compras que yo, un niño apretujado entre adultos más altos, tenía que depender de mi madre, que tampoco era una gigante, para desplazarme de una tienda a la siguiente o, más angustiado aún, hacerlo por la calle Mayor. Muchas veces, cuando terminábamos lo que llamábamos nuestros «encargos» semanales, mi madre y yo nos deteníamos en el Pedrick's. Situado cerca del ayuntamien-

to, era un local oscuro, fresco —el único establecimiento de mi juventud con aire acondicionado—, y tenía una delgada pared cuyas ventanillas para servir permitían que los refrescos y los cócteles pasaran del bar a menudo ruidoso al más respetable restaurante. Por aquel entonces el Pedrick's siempre estaba a reventar, incluso los sábados a media tarde. Pegadas a la pared de junto a cada mesa había máquinas de discos en miniatura con páginas que se movían de modo mecánico llenas de listas de canciones. Las que se elegían allí —cinco por veinticinco centavos, si la memoria no me engaña— sonaban en la máquina de discos de verdad de la pared más alejada. Nosotros siempre poníamos las que daban por veinticinco centavos mientras tomábamos refrescos que servían tan fríos que hacían que me dolieran los dientes. En ocasiones, sin embargo, la música quedaba amortiguada por las ruidosas risas de los hombres del bar, donde un televisor adosado a la pared retransmitía un partido de béisbol de los Yankees, y si alguien conseguía una carrera, en el restaurante todo el mundo se enteraba de inmediato. Recuerdo que escuchaba con atención las voces de todos los hombres tratando de distinguir la de mi padre. Él y mi madre se habían separado cuando yo era pequeño, pero aún seguía por el pueblo, y siempre me lo imaginaba al otro lado de aquella pared del Pedrick's.

Yo también sospechaba que mi madre habría preferido estar allí, de no haber tenido que estar sentada conmigo. Le gustaban los hombres, le gustaba estar entre ellos, y en la parte del restaurante lo que más había eran mujeres, niños y personas mayores. Aunque no pudiera expresarlo con palabras, yo tenía la clara impresión de que la pared que separaba lo respetable de lo divertido era en realidad muy delgada. En el bar había otra máquina de discos, y a veces sonaba lo bastante fuerte para competir con lo que estuviera sonando en la nuestra, y entonces mi madre decía que era hora de irse, como si tuviera mie-

do de que la propia pared se viniese abajo. Para ella, que la música atronara de aquel modo sólo podía significar una cosa: que la gente estaba bailando, fuera media tarde o no, y que si hubiera estado allí, también habría hecho lo mismo. Una década larga después del final de la Segunda Guerra Mundial, Gloversville aún seguía con ganas de fiesta, y normalmente la diversión de los sábados continuaba hasta última hora e incluso más, con los ciudadanos más ricos bailando y bebiendo en el club Eccentric; los de clase media, en las tabernas para trabajadores que bordeaban la parte alta de la calle Mayor o, en verano, en el pabellón del cercano lago Caroga; los pobres (con frecuencia los inmigrantes más recientes con los sueldos más bajos en las tenerías), en los tugurios que bordeaban el sur de la calle Mayor, una parte del pueblo que se conocía como «las Tripas», donde las detenciones por borrachera, escándalo o peleas resultaba mucho más probable que aparecieran en el periódico local del lunes que los alborotos comparables del club Eccentric.

Hacia la época en que me gradué en el instituto, en 1967, uno podía liarse a soltar disparos en la calle Mayor con un arma automática sin poner en peligro a nadie. Los sábados por la tarde las aceras estaban desiertas: debido a la reciente situación de escasez, la gente compraba cosas rebajadas en las tiendas baratas sin artículos de marca que habían surgido a lo largo de la carretera principal. La marquesina del cine Glove lucía el título de la última película que proyectaban, aunque faltaban tantas letras que apenas se podía adivinar de cuál se trataba. Hombres en paro salían de la sala de billares o de uno de los sórdidos tugurios que vendían cerveza barata de grifo y matorratas, pestañeando a la luz de la tarde con las piernas poco estables. Encendían un pitillo, echaban una ojeada en una dirección y luego en otra de la calle Mayor, como preguntándose dónde coño se había ido todo el mundo. Por entonces la parte de restaurante del Pedrick's había

cerrado, pero como aquel verano yo había cumplido los dieciocho años —entonces la edad en que se podía beber legalmente—, el otro lado ya no quedaba fuera del alcance. En esa época, sin embargo, aquella parte estaba silenciosa como una biblioteca. Los Yankees todavía jugaban en la televisión, pero Mantle, Maris, Yogi y Whitey Ford se habían retirado todos, y sus días de gloria, como los de Gloversville, se habían terminado. La media docena de canosos bebedores solitarios se daban la vuelta en sus taburetes cuando se abría la puerta, como si el pasado pudiera entrar, surgiendo del resplandor de fuera y dejando tras de sí una estela de billetes de diez dólares. Aquel verano del 67, de vez en cuando yo asomaba la cabeza por el Pedrick's para ver si mi padre estaba entre los que bebían cerveza de grifo Utica Club en la barra. Pero, lo mismo que el propio tiempo, también él se había mudado a otro sitio.

¿Qué había pasado? Montones de cosas. Después de la Segunda Guerra Mundial, para cuando los hombres dejaron de llevar sombrero, las mujeres dejaron de ponerse guantes. Jackie Kennedy llevaba unos puestos el día de la toma de posesión de su marido, y eso hizo que durante un tiempo el reloj fuera marcha atrás, pero la tendencia demostró que era irreversible. Y lo que era más importante todavía: la fabricación de guantes empezó a trasladarse al otro lado del mar donde la mano de obra era barata. Gloversville se hundió del modo en que Mike Campbell se declara arruinado en *Fiesta*, de Hemingway, «poco a poco y luego de repente». El «gigantesco sonido de succión» de la globalización llegó con décadas de adelanto y vengativamente. Mi abuelo materno —quien, pese a ser veterano de las dos guerras mundiales, había sido tachado de comunista desde el púlpito de la iglesia del Sagrado Corazón por ser sindicalista— vio lo que venía

incluso antes de que en las tiendas aparecieran unos merdosos guantes hechos en Asia a los que se les habían cosido unos botones y llevaban grabado MADE IN GLOVERSVILLE. Hacia el día de Acción de Gracias, la temporada baja en las tenerías, a los trabajadores los despedían, y cada año les costaba un poco más que los volvieran a contratar. Y lo que era peor todavía: no los volvían a contratar a todos, una práctica que permitía a los dueños de los talleres recordarles a sus empleados que ahora las cosas eran diferentes. Lo que importaba era mantener saneado el negocio, no la calidad. Después de todo, asiáticos e indios estaban haciendo lo que hacían los tipos más duros del pueblo por una cuarta parte del salario.

Mi abuelo, que volvió a casa del Pacífico con malaria y pronto padeció enfisema, por entonces ya estaba demasiado enfermo para hacerles frente. Siguió trabajando como siempre, negándose a trabajar peor y, en consecuencia, ganando considerablemente menos dinero que los hombres a los que no les importaba hacer chapuzas. Los jefes le podían explotar, darle las pieles más defectuosas, y tratarle como a un robot en lugar de como al artesano que era, pero él aseguraba que lo único que no podían mandarle era hacer un mal trabajo. Aunque no tenían necesidad de mandárselo, desde luego. Y uno sólo había de fijarse en cómo su estrecho pecho cóncavo hacía esfuerzos para llevar oxígeno a sus pulmones enfermos para darse cuenta de que no les supondría un problema mucho más tiempo. Su mujer, que también había sobrevivido a la Depresión Económica, preveía un futuro de escasez. Empezó a almacenar en la despensa latas de judías verdes y de atún cada año más pronto, consciente de que los despidos aumentaban de manera gradual, y de que su marido, cada día más enfermo, estaría entre los últimos en volver a ser contratados. Jesucristo en sus mejores épocas no podría multiplicar más panes y peces de lo que mi abuela multiplicaba medio kilo de beicon. En definitiva sólo era una cuestión de tiempo.

Nada de esto tuvo mucho efecto sobre mí. De niño en Gloversville yo estaba más contento que unas castañuelas. Mi madre y yo compartíamos con los padres de ella una casa modesta para dos familias en la calle Helwig. Ellos vivían en el piso con dos dormitorios y un solo cuarto de baño de abajo, mi madre y yo en el gemelo de arriba. Mi abuelo, que antaño nunca había comprado nada que no pudiera pagar en metálico, compró la casa, supongo, porque sabía que el matrimonio de su hija estaba a punto de naufragar y ella y yo necesitaríamos un sitio en el que vivir. Nuestra manzana de casas de la calle Helwig resultaba acogedora, con una tienda de comestibles situada en diagonal al otro lado de la calle. La hermana de mi madre y su familia vivían a la vuelta de la esquina, en la Sexta Avenida, lo que significó que me crié rodeado de primos. En la guardería y el parvulario, mi abuela me llevaba a clase todas las mañanas e iba a recogerme por la tarde, y durante el verano dábamos paseos por un parque pequeño y encantador de unas manzanas más allá. Los fines de semana muchas veces era mi abuelo el que me cogía de la mano y nos dirigíamos juntos al centro a por una bolsa de «guisantones», su término característico para llamar a los cacahuetes, luego nos deteníamos en el camino de vuelta para charlar un rato con amigos suyos sentados en sus porches. Una vez fui lo bastante mayor para tener mi primera bici y hacer exploraciones más allá de los límites de la calle Helwig, descubrí la magia del béisbol, y entonces, con el bate de madera al hombro, el guante colgado del manillar, desaparecía con los amigos mañanas y tardes enteras, o las dos cosas. En la casa de mi tía había una canasta encima del garaje, y durante los largos inviernos mi primo Greg y yo manteníamos el camino de entrada libre de nieve para poder jugar al baloncesto, aunque cuando hacía demasiado frío la red se congelaba, y no se podía sacar el balón. Con la llegada del otoño yo rastrellaba hojas, impidiendo que se ocupase de la tarea mi

abuelo, al que le encantaba hacerlo, aunque no siempre tenía aliento para ello. A veces empezaba el trabajo él, y lo terminaba yo mientras él fumaba un cigarrillo a escondidas al otro lado de la casa, donde mi abuela no le podía ver. En los veranos cortaba céspedes, y en invierno quitaba la nieve de las aceras con una pala. Una típica infancia norteamericana, tal y como la vivía en la década de 1950 una familia de clase media baja como las que ya no parecen existir, en un pueblo que entonces no parecía tener nada de especial, y no era, como me parece ahora, el canario de la mina de carbón.

Lo que sigue en estas memorias —no sé qué otra cosa llamarlas— es un relato de confluencias: de espacio y tiempo, de privado y público, de destinos enlazados y lealtades inconsistentes. Es más un relato sobre mi madre que sobre mí, pero también es sobre mí porque hasta hace sólo unos años, ella rara vez faltó en mi vida. Es sobre su carácter pero también sobre el sitio donde se crió, se hizo mayor, del que huyó y al que regresó una y otra vez, sobre las contradicciones que no pudo resolver y me pasó a mí, sabiendo sin la menor duda que yo me preocuparía por ellas tanto como un perro se preocupa por su hueso, royéndolo, enterrándolo, desenterrándolo, volviendo a roerlo, hasta que no quedan nada más que astillas afiladas y encías que sangran.

No dejo de volver a aquella pared del Pedrick's, la que separaba el restaurante del bar. A lo cerca que estuvo ella de donde quería estar. A lo delgada que debía de parecer aquella pared, con la música y las risas pasando con tanta facilidad desde el otro lado. Pero entonces mi madre calculaba mal siempre; y no sólo la distancia y el rumbo, sino la solidez de las barreras que se elevaban entre ella y lo que deseaba con tanta desesperación. Yo debería saberlo. Yo era una de ellas.

Independencia

La noche antes de que dispersáramos las cenizas de mi madre en la laguna Menemsha, de Martha's Vineyard, tuve un sueño en el que ella aparecía con toda claridad. Había estado apareciéndose en sueños con regularidad desde su muerte en julio, y ya estábamos en la última semana de diciembre. ¿Había algo que tenía obligación de hacer, aparte de dispersar sus cenizas, que no hubiera hecho? ¿Existían otros motivos inconscientes para que se me apareciera? Desde julio habían pasado muchas cosas. Yo había realizado una larga gira para presentar un libro, nuestra hija Kate se había casado en Londres después del día de Acción de Gracias, y volvimos a casa justo a tiempo para el jaleo de las Navidades. ¿Se sentía abandonada? Ése era, por supuesto, otro modo de preguntar si me sentía culpable por haberle prestado poca atención cuando murió, como a veces me preocupó haber hecho cuando estaba viva.

Retrasamos el momento de dispersar sus cenizas tanto porque mis dos hijas querían estar presentes. Emily hacía poco que tenía un empleo nuevo en una librería cerca de Amherst y yo no consideraba que pudiera pedir unos días libres hasta pasada la avalancha de las vacaciones. Y Kate y su marido, Tom, todavía recién casados, no pudieron conseguir vuelo a Estados Unidos hasta después de Navidad. Así que decidimos reunirnos en la isla la semana entre Navidad y Año Nuevo para cumplir lo que he llegado a considerar que era mi promesa final a mi madre, la última de una larga y continua serie de obligaciones que se extendía casi hasta donde era capaz de recordar.

En el sueño, mi madre y yo nos encontrábamos de pie, rumbo a un destino impreciso en el que aparentemente estábamos de acuerdo. Que nos pusieramos en marcha debía de haber sido idea mía porque me sentía bastante culpable por lo mucho que nos estaba llevando y porque no conocía el camino y había dado varios rodeos. Llevar a mi madre, que no conducía, al sitio al que necesitara ir —la tienda de comestibles, la consulta del médico, la peluquería— había sido, por supuesto, responsabilidad mía de cuando en cuando desde que me saqué el permiso de conducir en 1967, así que en ese sentido mi sueño tenía cierto apoyo en la realidad. Que estuviera perdido era el aspecto más inusual e inquietante de lo que pasaba, pues siempre ha sido responsabilidad mía conocer el camino. El escaso sentido de la orientación de mi madre era legendario, y desde hacía mucho bromeábamos entre nosotros diciendo que ella era una brújula cuya aguja señalaba hacia el sur. Resultaba indudable que mi sensación de hallarme perdido e indefenso en el sueño tenía que ver con el auténtico estado de ella en la vida real durante los largos meses previos a su muerte. Diagnosticada de insuficiencia cardiaca congestiva, no le habían dado más de dos años de vida, lo que significaba que por primera vez en décadas iba a algún sitio ella sola.

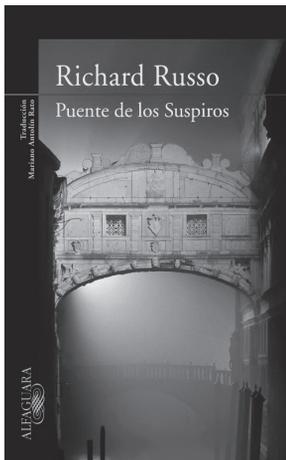
En el sueño, mi madre no se estaba muriendo, sólo se encontraba débil y cansada conforme nos abríamos paso por las calles a oscuras, en busca de señales o puntos de referencia donde no había ninguno. Al final, ya no fue capaz de seguir y tuve que cargar con ella. Al principio, ése no fue un problema. Mi madre siempre había sido menuda, y ahora era frágil, mientras que yo estaba fuerte porque jugaba al tenis y corría. Pero poco a poco empecé a sentirme agotado, aparte de frustrado por habernos metido en aquel apuro. Los dos estábamos solos en calles vacías que se prolongaban de modo interminable, sin más opción que continuar trabajosamente.

Ése fue el sueño. Mi madre y yo andando sin parar, para siempre jamás, hasta que al final desperté y me hice cargo de que ella llevaba muerta desde el verano, que en realidad el peso de su prolongada enfermedad y más prolongada aún desdicha no incidía al fin sobre sus hombros. Ni sobre los míos.

Algunos sueños no necesitan interpretación, y aquél era uno de ellos.

Sobre el autor

Richard Russo nació en 1949 en Johnstown, Nueva York, y estudió en la Universidad de Arizona. Es autor de las novelas *Mohawk*, *Alto riesgo* y *Ni un pelo de tonto*, que fue llevada al cine con Paul Newman como protagonista. También escribió la novela *The straight man* y el libro de relatos *La hija de la puta*. En 2002, obtuvo el Premio Pulitzer por *Empire Falls*, que se convirtió en un éxito de ventas. Luego siguieron *Puente de los suspiros* (Alfaguara, 2008) y *El verano mágico en Cape Cod* (Alfaguara, 2010). El memoir *Sobre mi madre* es su último y esperado libro.



Puente de los suspiros
Richard Russo

Richard Russo vuelve a demostrar su talento inigualable para narrar cómo viven, sienten y piensan personas ordinarias en situaciones extraordinarias.

Tras vivir sesenta años en el mismo lugar, atendiendo el mismo negocio familiar, Louis decide viajar por primera vez para visitar a Bobby en Venecia, donde éste se ha convertido en un pintor famoso. Quiere preguntarle por qué huyó de Thomaston siendo un adolescente y nunca más quiso volver. Pero mientras prepara la partida, los recuerdos irrumpen para demostrarle que nada es tan simple como pensaba y que todos en el pueblo, incluido él mismo, esconden secretos de los que nunca se habló.

«Uno de los mejores novelistas de estos tiempos.»
The New York Times

«Gigantescamente conmovedora.»
The Washington Post

« Russo ha escrito una obra maestra.»
Boston Sunday Globe



El verano mágico en Cape Cod

Richard Russo

Ten cuidado con lo que deseas, porque puede
hacerse realidad.

Hace treinta años, durante su luna de miel en Cape Cod, el lugar de sus vacaciones infantiles, Jack y Joy Griffin trazaron un plan de futuro que, en gran parte, se ha cumplido. Ahora los dos están de vuelta en Cape Cod para celebrar el matrimonio de la mejor amiga de su hija Laura. Jack se dedica a dar vueltas en el coche con las cenizas de su padre en el maletero mientras su madre le llama con frecuencia al móvil. Pero cuando un año más tarde se celebra la boda de su hija Laura, la urna de su madre viaja junto a la de su padre en el maletero (aunque tampoco así su voz le da descanso), y ni Joy ni él son ya los mismos. ¿Cómo han llegado a ese punto del camino?

«Richard Russo ha escrito una novela para esa gente a la quien le aterra convertirse en sus propios padres, es decir, para todo el mundo... Una comedia romántica de carácter taciturno de manos de un ganador del Pulitzer... Si eres de los que lloran en las bodas, llorarás con este libro; y reirás también.»

The Washington Post

«Lo que hace de Richard Russo un novelista tan admirable es que su gracia natural como narrador va de la mano con la compasión que siente por sus personajes.»

John Irving